



MARIANO YELA

PEDRO LAÍN ENTRALGO

Hablar responsablemente de un ser humano exige, entre otras cosas, conocer con alguna precisión su modo de enfrentarse y conducirse ante los tres modos cardinales de estar en el tiempo, más precisamente, de ser tempóreo: el pasado, el presente y el futuro. Conocer y juzgar, porque, cuando el conocimiento de una persona se hace comprensión de su realidad, de alguna manera se la juzga.

Pienso además que el conocimiento y la comprensión de lo que una persona fue, está siendo y desea ser, deben tener en cuenta los dos aspectos más esenciales de su vida: el factual (qué hizo, qué pensó y lo que quiso, tanto por lo realmente hecho, pensado y querido como por el modo de hacerlo, pensarlo y quererlo). Y que en la consideración del pasado, el presente y el futuro de esa persona esos dos aspectos de su vida deben ser tenidos en cuenta.

Cuando la vida terrenal de Mariano Yela ya es, por desgracia, pasado, aunque tan vivamente siga actuando en quienes le conocimos y en quienes han continuado su obra, otros expondrán lo que factualmente fue en ella su hacer, su pensar y su querer como concreador -con José Luis Pinillos y Miguel Siguán- de lo mucho que en la cultura española es hoy el saber psicológico. Yo quiero limitarme a recordar cómo el autor de esa vida se condujo con el pasado cuando día tras día fue haciéndola presente.

Desde muy joven, Mariano Yela quiso ser psicólogo en España. ¿Cómo? Sólo esta respuesta veo: haciendo mejor lo poco que en el campo de la psicología se había hecho en la España anterior a la guerra civil; poco que, ausentes Germain de Madrid y Mira de Barcelona, había quedado reducido en 1939 a casi nada. Consecuencia: para ser psicólogo en España había que aprender psicología allende nuestras fronteras y *nolens volens* enfrentarse con ese "casi nada" de que acabo de hablar.

Allende nuestras fronteras aprendió e hizo psicología Mariano Yela, y de la penosa situación de la psicología en España tuvo que partir para ser psicólogo en su patria. Para un joven inteligente, bien formado y ambicioso de obra futura, qué fácil y qué inmediata tentación la de sentirse Adán, comenzar desde cero y desconocer tácticamente lo poco con que se encontró. Pero Mariano Yela -como José Luis Pinillos, para no hablar más que de Madrid- no cayó en esa tentación porque en él rebotaba la virtud que a juicio de Descartes descuella entre todas las puramente humanas: la generosidad. Ayudado por el benemérito don Juan Zaragüeta y por el modesto y nostálgico Ibarrola, asociado con Germain, cuando éste pudo y quiso regresar a España, generosamente valoró lo que antes de la guerra civil había y sucesivamente concretó la Escuela de Psicología, la Facultad de Psicología y, ya de modo más personal, hizo psicología

exportable -sólo así llega a ser realmente valiosa una obra intelectual- y fundó y dirigió una escuela científica que figura entre las no muchas que España puede ofrecer hoy al universo mundo.

Con su gran talento y su gran generosidad supo Mariano Yela incorporar a su presente y su futuro -hacerlo suyo, para mejorarlo- el pasado del mundo en que nació y quiso vivir. Esa generosidad que en relación conmigo mostró cuantas veces en que, no para aprender, puesto que yo no podía enseñarle, asistía a mis nada importantes lecciones. Mirando en ellas hacia el público, siento que me falta la presencia amistosa de su menuda figura.